

NOAM CHOMSKY

# Presentación

Prácticamente en sus primeras declaraciones, la nueva administración de Washington anunció la intención de avanzar enérgicamente con el Programa de Defensa Nacional de Mísiles, pese a las advertencias realizadas incluso por su servicio de inteligencia de que hacerlo aumentaría considerablemente las amenazas a la seguridad global, en general, y a la estadounidense en particular.

Por otro lado, la administración Clinton ya había urgido a Rusia a adoptar una estrategia al estilo estadounidense de «lanzamiento en caso de alerta»: una petición cuando menos «extraña» según los expertos, sobre todo a la luz del deterioro de sus sistemas de control. Las directrices presidenciales continúan autorizando el principio del «primer ataque», incluso contra los Estados no nucleares, y han ampliado el potencial nuclear, que es el punto central de la planificación estratégica estadounidense. Mientras tanto, en el sur de Asia y en Oriente Próximo continúa la proliferación. Ante amenazas tan siniestras, los lúcidos análisis y las elocuentes advertencias de Bertrand Russell adquieren mayor importancia, y deben encontrar un lugar destacado dentro del pensamiento de aquellos que aspiran a revertir el impulso aparentemente inexorable hacia la autodestrucción.

# La guerra nuclear ante el sentido común

El propósito de este libro es presentar medios posibles para alcanzar la paz, apelando a una serie de recursos que resulten igualmente aceptables para las naciones comunistas, las que forman parte de la OTAN y las naciones neutrales. Espero que no haya palabra alguna, en las páginas que siguen, que sugiera una inclinación a favor de un bando u otro. He expresado a menudo mis opiniones acerca de los méritos de los sistemas políticos y económicos de Oriente y Occidente. Sin embargo, al debatir sobre los peligros de la guerra nuclear, las opiniones sobre estas cuestiones se tornan irrelevantes. Lo que necesitamos no es apelar a un ismo u otro, sino, únicamente, al sentido común. No veo razón alguna por la cual el tipo de argumentos que postulamos aquellos que pensamos de este modo deba resultar más atractivo para un bando u otro, para la opinión de izquierdas que para la conservadora. Este llamamiento está dirigido a los seres humanos como tales, y se hace por igual a todos aquellos que anhelan la supervivencia de la humanidad.

# Introducción

Resulta sorprendente y en cierto modo decepcionante que los movimientos que aspiran a evitar la guerra nuclear sean considerados en Occidente como movimientos de izquierdas o movimientos inspirados por algún ismo que repugna a la mayor parte de las personas. No es así como debería concebirse la oposición a la guerra nuclear. Más bien, debería abordarse de modo análogo a como se toman medidas sanitarias contra las epidemias. El peligro que implica la guerra nuclear afecta a todo el género humano y, por tanto, se aúnan en él los intereses de toda la humanidad. Quienes buscan evitar la catástrofe que supondría una guerra con bombas de hidrógeno a gran escala no se preocupan por defender los intereses de una nación u otra, de esta clase o aquella, de tal o cual continente. Sus argumentos no tienen nada que ver con los méritos o deméritos del comunismo o de la democracia. En la campaña contra las armas nucleares, los argumentos que deben esgrimirse han de afectar por igual al bloque oriental y al occidental, así como a los países no alineados, en la medida en que solo se preocupan por el bienestar del conjunto de la especie humana, sin ventajas especiales para un grupo determinado.

Es una enorme desgracia que la cuestión de la guerra nuclear se haya enredado con los antiguos conflictos del poder político, pues tales conflictos resultan tan virulentos y apasionados que producen una ineptitud generalizada para comprender incluso los asuntos más evidentes. Si queremos pensar juiciosamente en las nuevas problemáticas que las armas nucleares plantean, hemos de aprender a mirar el asunto de manera muy distinta. Debemos abordarlo desde la perspectiva que adoptaríamos ante una nueva epidemia, esto es, como un peligro común al que hay que hacer frente mediante una acción conjunta.

Permítaseme poner un ejemplo. Supongamos que ocurriese un súbito brote de rabia entre los perros de Berlín. ¿Alguien puede dudar de que las autoridades orientales y occidentales de la ciudad se coordinarían de inmediato para eliminar los perros rabiosos? No creo que ninguna de las partes argumentase: «Dejemos los perros sueltos con la esperanza de que muerdan a un mayor número de enemigos que de aliados; o, si no los dejamos del todo sueltos, amordacémoslos con bozales fácilmente desmontables y paseémoslos atados por la calle, para que, si en algún momento el “enemigo” decide soltar sus perros rabiosos, podamos tomar represalias de inmediato». ¿Argumentarían las autoridades de Berlín oriental u occidental que no se puede confiar en que «el otro lado» vaya a matar sus perros rabiosos y que, por tanto, «nuestro lado» debe conservar los suyos con un efecto disuasorio? Evidentemente, esto es completamente absurdo y a nadie en su sano juicio se le pasaría por la cabeza una actitud semejante, pues no se considera a los perros rabiosos como una fuerza decisiva del poder político. Por desgracia, se entiende desacertadamente que las armas nucleares son capaces de asegurar la victoria en la guerra; y,

porque son juzgadas de este modo, pocas personas piensan en ellas en consonancia con la cordura y el sentido común.

Pongamos otro ejemplo que quizás resulte más ilustrativo. En el siglo XIV, la peste negra arrasó con el hemisferio oriental. En Europa occidental acabó aproximadamente con la mitad de la población, y, con toda probabilidad, fue casi igualmente letal en Europa del Este y Asia. En aquellos tiempos, no existía el conocimiento científico preciso para combatir la epidemia. Si la amenaza de un desastre semejante ocurriera en nuestros días, todas las naciones civilizadas la combatirían conjuntamente. Nadie sostendría: «Quizás la peste dañe más a nuestros enemigos que a nosotros». Cualquiera que razonase de este modo sería considerado un monstruo inhumano. Y, sin embargo, ni la peste negra ni ninguna otra epidemia similar han supuesto nunca una amenaza tan terrible como la que representa el peligro de una guerra nuclear. Los países de la OTAN, los del Pacto de Varsovia y los no alineados tienen exactamente el mismo interés en esta cuestión. De hecho, se trata de un interés idéntico al que tendrían en combatir un nuevo brote de peste negra. Si tanto los estadistas como las poblaciones de Oriente y Occidente se percatasen de ello, muchas de las dificultades que ahora parecen insuperables, o casi, desaparecerían. Desde luego, supongo que ambas partes adoptarían por igual el punto de vista que estoy defendiendo. Dada una reflexión cuerda y serena sobre lo que está en juego, el resultado inevitable no es otro que la consecución de la paz en el asunto de las armas nucleares. Sería innecesario invocar razones idealistas, aunque podrían aducirse legítimamente. Tan solo habría que apelar a motivos ligados al propio interés nacional.

# I. Si continúa la «política del borde del abismo»

En este capítulo me propongo estudiar el rumbo probable de los acontecimientos si las políticas vigentes continúan sin derivar, de hecho, en una guerra nuclear. Esta cuestión ha sido investigada en un artículo admirable, financiado por la Asociación Nacional de Planificación de América, a saber, *1970 sin control de armamentos, implicaciones de la tecnología de armas modernas*, redactado por el Comité de Proyectos Especiales sobre la Seguridad a través del Control de Armas de la NPA, folleto de planificación núm. 104, mayo de 1958, Washington D. C. Este artículo tiene la ventaja de haber sido escrito por personas que no están implicadas en ninguna campaña antinuclear, sino que simplemente se ocupan de retratar los hechos y las probabilidades de manera tan imparcial y objetiva como es humanamente posible. Aunque parte de la hipótesis, que yo mismo adoptaré a lo largo de este capítulo, de que ninguna gran guerra estallará durante el periodo en cuestión, admite, como es evidente, que mientras las políticas presentes continúen, existe cierta probabilidad de que haya una guerra en cualquier momento. Afirma que «el peligro de una guerra no solo continúa siendo posible, sino que su probabilidad aumenta con el tiempo, deviniendo en certeza



si transcurre un lapso suficiente sin que se puedan hallar alternativas». Se sigue de ello que, mientras las políticas actuales continúen, subsistirá un recelo constante hacia una guerra a gran escala, y, a medida que los hechos se vuelvan más conocidos, el temor aumentará. El incremento del miedo causará el crecimiento de los armamentos, aumentará los gastos y la rigidez de la estructura social, así como limitará continuamente la libertad. Solamente una propaganda constante que promueva el odio y el terror llevará a la población a aceptar las cargas que esto implica. Y los avances técnicos harán que la guerra, si es que se produce, sea, cada año que pase, potencialmente más desastrosa. Esta situación puede producir un deseo de asegurar la paz entre los grupos más sensatos de la población, pero, en su mayoría, es probable que ocasione un terror irracional al «enemigo» y un estado de nerviosismo que conduzca a la consideración de que resulta menos terrible una explosión nuclear que convivir con el miedo constante.

En la actualidad, el gasto en armamento es incomparablemente mayor al que ha sido en épocas precedentes. Según el informe citado más arriba, Estados Unidos invierte anualmente cuarenta y cinco mil millones de dólares en preparativos militares. «En Estados Unidos, alrededor del diez por ciento del producto nacional bruto se destina a objetivos militares. Se estima que el quince por ciento del producto nacional bruto de la Unión Soviética tiene un propósito semejante». Si el mundo continúa tal como está, sin mejorar ni empeorar, se cree que, desde el presente hasta 1970, se habrán gastado en armamento entre mil quinientos millardos y dos mil millardos de dólares, pero esta cifra se quedará corta en la medida en que las innovaciones requerirán armas cada vez más costosas. Aunque no podemos prever cuáles serán los próximos descubrimientos, sí podemos asegurar que los

habrá. Algunos podrían resultar más o menos baratos, por ejemplo, los métodos de la guerra bacteriológica. Puede que sea posible envenenar el Misisipi y el Volga y hacer inhabitables las regiones que dependan del agua de estos ríos. Si se descubriera un método apropiado para la liberación de bacterias, se podría producir un daño inmenso con un gasto más bien reducido. Pero la mayoría de las innovaciones que podemos esperar no matarán por un precio tan bajo. Tomemos como ejemplo el control del clima. Los filósofos de Laputa redujeron a la obediencia las provincias rebeldes ensombreciendo la isla, para sumirlas en una noche perpetua. Dentro de poco, será posible hacer que una extensa región enemiga sufra demasiadas lluvias, o muy pocas, o que la temperatura descienda en ellas hasta el punto de echar a perder las cosechas. También podrá derretirse el hielo polar para sumergir vastos territorios que se encuentran solo ligeramente sobre el nivel del mar. Sin embargo, estas medidas son todavía inalcanzables. Pero hay otras, más terribles y costosas al mismo tiempo, que han entrado recientemente en el dominio de las insensateces factibles.

La creación de satélites ha dado satisfacciones a escolares y estadistas, tan solo oscurecida para los habitantes de Occidente por el hecho de que el primer satélite fue ruso. Hasta ahora, los satélites son pequeños, pero no hay motivo para suponer que continúen siéndolo. En la actualidad, no transportan armas de ataque, pero los militaristas de todo el mundo esperan que lo hagan dentro de poco. Se pueden programar para que llueva muerte sobre las zonas enemigas mediante ordenadores, suspendiendo este útil diluvio al pasar sobre los territorios aliados. Aunque tales armas resultarán enormemente costosas, cada uno de los bandos argüirá: «Si el enemigo las tiene, debemos trabajar para tenerlas también nosotros».

Y no solo están por llegar los satélites. Algún día, cualquiera de las dos partes puede disparar un proyectil que llegue hasta la Luna. Además, confiamos en que, dentro de poco, los seres humanos puedan aterrizar en el satélite natural. He leído un libro ruso —y no dudo que existan libros estadounidenses similares—, destinado a la educación de los jóvenes, que establece cuidadosamente las condiciones que han de cumplirse para que las personas sean capaces de habitar la Luna, e incluso llega a sugerir que, en algún tiempo, será posible crear una atmósfera en el satélite. El tono de este libro es todo lo contrario al estilo bélico. Se ocupa de estimular el amor por la aventura y la esperanza del triunfo de la ciencia sobre los obstáculos materiales. Aunque mucho me temo que los gobernantes están dispuestos a gastar enormes sumas para hacer posibles los viajes espaciales por motivos menos elevados. El general Putt, en declaración ante el Comité de la Cámara sobre Servicios Armados, explicó que la Fuerza Aérea de Estados Unidos tiene como objetivo establecer una base de misiles en la Luna, y afirmó que se disparará una cabeza explosiva desde la Luna a la Tierra con un enorme gasto de energía, ya que la Luna carece de atmósfera y su gravedad es escasa. Declaró que nuestro satélite «puede proporcionar una base de contraataques considerablemente ventajosa sobre las naciones terrestres». También señaló que, para que Estados Unidos fuera incapaz de tomar represalias desde la Luna, la URSS tendría que atacarla uno o dos días antes que a los territorios terrestres de Estados Unidos. Creía que este ataque preliminar sobre la Luna advertiría a los estadounidenses del peligro. Por otro lado, si los rusos no arrasaran las instalaciones lunares de Estados Unidos, sería posible destruir Rusia desde allí, aunque los territorios terrestres de Estados Unidos hubieran sido borrados del mapa. Su testimonio fue

corroborado por Richard E. Horner, secretario adjunto de la Fuerza Aérea para Investigación y Desarrollo, quien vio en el establecimiento de bases lunares la oportunidad para abrirse camino en el callejón sin salida nuclear. Resulta curioso, y típico de la mentalidad militarista en general, que ambos eminentes caballeros parecieran renuentes a aceptar al principio la posibilidad de que también Rusia instalara estaciones de misiles en la Luna. Es evidente que lo que puede hacerse en un lado también puede hacerse en el otro, de modo que el único resultado, si estos planes se llevaran a cabo, sería la guerra en la Luna. Es cierto que, finalmente, el general Putt admitió que también los rusos pueden hacer en la Luna lo mismo que Estados Unidos, pero extrajo la moraleja de que Estados Unidos debe ocupar también Marte y Venus, los cuales estarían, aparentemente, fuera del alcance de los soviéticos. Toda esta curiosa especulación recibió mucha menos publicidad de la que podría esperarse, y nada habría sabido yo al respecto si no fuera por el hecho de que fue recogida en el *I. F. Stone's Weekly* del 20 de octubre de 1958. No he visto ningún informe de planes similares por parte del Gobierno soviético, pero debemos presumir que existen.

Al estudiar los planes de los militaristas, me esfuerzo por librarme de los sentimientos de horror y aversión. Sin embargo, cuando leo los proyectos para contaminar los cielos por la mezquina pelea de unas piezas animadas que son la desgracia de cierto planeta, no puedo evitar sentir que los hombres que hacen este tipo de planes son culpables de algún tipo de impiedad. Resulta fácil imaginar unas elecciones para el Congreso, o una disputa del partido soviético, girando en torno a la cuestión de si los estadounidenses de la Luna han exterminado a los rusos o viceversa. Estas intenciones degradan los cuerpos celestes y el majestuoso curso de la naturaleza

a la insignificante estatura de hombres furiosos riñendo por naderías. Pero me temo que no podemos dudar de que, a menos que limitemos nuestras controversias a unas proporciones razonables, tanto las poblaciones de las naciones más poderosas como sus seguidores estarán dispuestos a reducirse hasta la hambruna con tal de hallar los medios para perjudicar al contrario.

Nuestro planeta no puede seguir soportando el rumbo actual. Podría haber una guerra, como resultado de la cual todos o la mayoría de sus habitantes morirían. Si no hubiera guerra, podría haber ataques a los cuerpos celestes, y bien podría ocurrir que se alcanzasen los medios para desintegrarlos. La Luna podría resquebrajarse, derrumbarse o fundirse. Fragmentos venenosos podrían caer sobre Moscú, Washington u otras regiones inocentes. El odio y la tendencia a la destrucción podrían alcanzar proporciones cósmicas y extender la locura más allá de sus actuales confines terrestres. Quiero creer, aunque tengo serias dudas, que todavía pueden brillar algunos destellos de cordura en las mentes de los estadistas. Sin embargo, la extensión del poder carente de sentido común resulta absolutamente aterradora, y no puedo culpar a aquellos que caen en la desesperación.

Sin embargo, desesperar no es sensato. Las personas no solo son capaces de temer y de odiar, sino también de sentir esperanza y bondad. Si podemos llevar a la población mundial a ver y realizar imaginariamente el infierno al que el odio y el miedo puede condenarlos, por un lado, para compararlo con el paraíso que puede crearse a través de la esperanza y la benevolencia gracias al desarrollo de nuevas habilidades, por el otro, la elección tendría que ser fácil; y nuestra especie, que hoy se atormenta a sí misma, podría permitirse una vida de deleite como jamás ha conocido en el pasado.